

# APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS

## DEL GENERAL D. JOSE MARIA ORTEGA Y NARIÑO

(Continuación)

Aquí interrumpe el General ORTEGA su narración, para contar el siguiente interesantísimo episodio :

### “ EL ASISTENTE

“ Marchaba, el año de 1813, el Ejército libertador de Venezuela hacia la capital de aquella República, y al tocar en la hacienda de *Estanques*, en la Provincia de Mérida, de propiedad del Sr. Francisco Ponce, varios de sus esclavos tomaron las armas para contribuir á la independencia de su Patria. Juan Bautista, mulato ágil y robusto, de veintidós años de edad, era uno de ellos.

“ Con el transcurso del tiempo y las frecuentes variaciones que sufrían los cuerpos del Ejército, Juan Bautista fue destinado á ser uno de los sitiadores de Puerto Cabello. JOSÉ MARÍA ORTEGA, segundo Jefe de línea, lo tomó por asistente, y á su lado permaneció por algún tiempo. La miseria y falta de recursos para la vida, forzaron á Juan á ser infiel, disponiendo diariamente de la mitad de la ración de carne de burro que á su Jefe correspondía; y esta fue la causa por que se le despidió, después de haber recibido unos planazos.

“ No pasó mucho tiempo sin que el teatro se mudara. Los españoles se apoderaron de la mayor parte de la República, y los patriotas, derrotados en todas direcciones, unos murieron, otros emigraron, y muy pocos fueron hechos prisioneros. A ORTEGA le tocó ser uno de éstos.

“ El año de 1815, D. Pablo Morillo, General en Jefe del Ejército pacificador, manda á ORTEGA de soldado de uno de los cuerpos de su vanguardia, que compuesto de 3,000 zambos venezolanos y algunos españoles, era man-

dada por D. Tomás Morales. Este lo destina á la Compañía de Granaderos del Regimiento del Rey ; y al día siguiente marcha á Puerto Cábello. Al pasar la primera revista de armas en aquella plaza, ORTEGA advierte que el sargento segundo de su Compañía, es Juan Bautista Ponce..... Duda de la verdad, pero se resigna.

“A pocos momentos de haberse dejado las armas, el sargento cita á ORTEGA para que, con su hermano Fernando, vaya á las tres de la tarde á una casita cuyo sitio se le indica. ORTEGA duda de la sinceridad de aquella cita ; no atina con el motivo que la produzca, y teme una alevosía. Resuélvese al fin y la acepta ; y á la hora convenida toca á la puerta á que debía concurrir. Pregunta por el sargento, y otro zambo lo manda entrar á un cuarto. Pasan algunos minutos, en que los dos convidados se miran y entienden, cuando llega Juan Bautista, vestido de limpio y con una toalla al hombro é invita á sus huéspedes á que lo sigan. Una mesita cubierta con esmero y aseo, dos botellas de vino y varias frutas y pescados : hé aquí el obsequio suntuoso del incomparable Juan Bautista, á su antiguo y desgraciado Jefe. Las abundantes lágrimas que ORTEGA derramó al verse servido y obsequiado por su sargento, junto con los recuerdos más tristes de todo lo que le faltaba en aquel banquete, le embargaba la voz.... Juan Bautista lo calmó y animó cuanto pudo ; y más que todo, le dio un ejemplo práctico de cuánto vale un alma generosa. Juan Bautista, al año siguiente, desertó de las filas españolas para no volver á dejarse ver.” (1)

Sigue el General refiriendo su historia :

“Embarcado en la fragata *Joaquina*, fue conducido con la División venezolana á la isla de Alcatraz, en donde esperaba Morales impedir la deserción de su tropa. OR-

(1) En la República de los Estados Unidos los negros son objeto de universal execración. Darwin sostiene que son especie intermedia entre el mono y el inglés. Yo cambiaría algunos blancos por el mulato Juan Bautista. R. M. C.

TEGA siguió de soldado hasta 1817. Lo que sufriera en una marcha á pie de mil leguas, al lado siempre de un enjambre de zambos y negros, mandado por oficiales sin educación, á la vez que carniceros, no debe escribirse, porque para muchos tocaría en lo inverosímil y exagerado.

“Volvamos por un momento la vista á su esposa, que fue conducida á una prisión, al hacerse la escuadra española á la vela ; y volvámosla, cuando ella, en el salón del palacio del Capitán General Cajigal, oyó de su boca llamar á su señora, que llevaba el mismo nombre de Mercedes, para decirle : ‘Vén á conocer á una heroína, tocaya tuya, que viene á pedir permiso para ver por última vez á su marido.’ Lo consiguió, con peligro de su vida, lo abrazó á bordo de la *Joaquina*, y se separaron para no volverse á ver hasta pasados catorce meses.” (1)

“Nunca gocé, dicen los apuntes íntimos, de una salud igual á la que tuve cuando estuve de soldado al servicio español. Después de los primeros días de marcha, en que se me hincharon los pies, hombros y pescuezo, y en que no pude, durante una semana entera, moverme en el cuartel de Mompós, desafiaba á los más caminadores, y ninguno me aventajaba. Marchas diarias y continuas de diez, doce y catorce leguas hacía yo con el mayor desembarazo ; y en los Llanos, cuando toda la infantería llegaba rendida al punto donde debía acampar, yo soltaba el fusil y me entretenía corriendo tras el ganado que se iba á matar para la tropa, y no me acostaba sino hasta las ocho ó nueve de la noche. A las cuatro de la mañana estaba en pie, y nunca preguntaba hasta dónde iríamos. Sufría el hambre con resignación, y para mí no había alimento vedado.

“Dos veces fui atacado de calentura biliosa, y la dieta la pasé con harina de maíz tostado. Sólo una vez, en los dos años que estuve de soldado, tomé aguardiente ; y nunca tuve otra cama que mi frazada y guarniel, y cuan-

(1) Cód. I.

do estuve en el hospital, le añadí una estera. Todo el tiempo que estuve escondido en Vijirima y Jagua, lo pasé con hambre, pues sólo hacía dos comidas, que consistían en bledos, verdolagas, plátanos tiernos y algunas frutas. La carne me era muy escasa. El mantel de que usaba consistía en una hoja de plátano; y la vajilla en tres tazas de barro, una olla, un jarro y tres cucharas de totuma. Mi cocina era la sombra de un naranjo. Con media vela me alumbraba cada quince días, para registrar la cama. Mi ropa consistía en dos camisas, dos calzones de listado y un sombrero de paja. La de Mercedes, que en todo me acompañaba, no era mejor que la mía. Jamás le oí una queja por la clase de vida que pasábamos, y á su ejemplo debí mi resignación.” (1)

Ni una palabra más trae el General ORTEGA en sus Apuntamientos, sobre su vida de soldado en el Ejército español. Lo que sigue son las narraciones que él hacía á sus hijos, y que ellos conservaron en la memoria con cariñoso esmero.

De la isla de Alcatraz pasó la escuadra del Rey á Santamarta; desembarcaron las tropas en la ciudad, y ORTEGA fue nombrado contralor del hospital militar. Él, que tenía la caridad con el prójimo, y sobre todo con los pobres y enfermos, casi como una segunda naturaleza, puso al servicio del hospital su actividad sin segundo, su espíritu de orden, su compasión por los dolores ajenos. Se levantaba á las cuatro de la mañana, barría y ventilaba las salas, hacía las camas de los enfermos y heridos y les prestaba todos los servicios del criado más humilde, del enfermero más hábil, de la más celosa Hermana de la Caridad.

De allí pasaron á incorporarse con las tropas que por mar y tierra sitiaron, á órdenes de D. Pablo Morillo, á Cartagena. ¿Qué colombiano ignora la manera con que se sostuvo hasta lo increíble, la ciudad, que mereció entonces, con justicia, el dictado de *heroica*, que no ha dejado de me-

(1) Cód. II.

recer jamás? Calcúlese el dolor del joven patriota, obligado por fuerza á formar entre los asediadores; su amargura al ver sucumbir la ciudad, al presenciar el fusilamiento de los más ilustres patriotas.

Le condujeron en seguida á Mompós, donde estuvo gravemente enfermo; y de Mompós, pasando por Ocaña, otra vez á los Llanos de Venezuela. Morillo supo la nueva expedición de Bolívar, la toma por los patriotas de la isla de Margarita, el desembarco del Libertador en Carúpano, y envió á Morales, á la cabeza de 1,000 hombres, á batir las fuerzas libertadoras, que constaban sólo de 250. En el sitio de Los Aguacates se dio el primer combate de aquella nueva campaña. Los patriotas se vieron forzados, tras larga y heroica refriega, á retirarse del campo, aunque en orden y sin ser perseguidos por el enemigo. Allí tuvo ORTEGA que recibir las balas de sus compatriotas, y después, en larga serie de encuentros, vencedor unas veces con dolor de su alma, vencido otras, con honda alegría suya, bebió hasta las heces el cáliz de todas las amarguras.

Su paciencia, la actividad de que daba muestras incessantes, la dulzura y amenidad de su trato, acabaron por ganarle el afecto de los jefes y oficiales españoles; y el mismo D. Tomás Morales llegó á dulcificarse con ORTEGA, y tanto, que lo ascendió al grado de sargento! Combó la mayor parte de los oficiales no sabía leer ni escribir, ocurrían al sargento ORTEGA para que les formara la *situación*, que ellos no podían *cuadrar*.

Un día, cerca de la villa de Cura, hubo una deserción en la compañía de ORTEGA; Morales lo supo, y dio orden de pasarlo al instante por las armas. Formaron un cuadro; el *reo*, en mangas de camisa, fue conducido al lugar de la ejecución y sentado sobre un tambor. El pelotón se colocó delante. Entonces todos los oficiales de la División se presentaron ante Morales y le pidieron gracia. El Jefe, por primera vez de su vida, se dejó ablandar y concedió la vida á ORTEGA, pero privándolo de su grado de sargento.

Poco le importaría al Teniente Coronel del Ejército liberador.

A poco la División acampó á la sombra de un bosque de cocoteros. Varios soldados treparon á lo más alto de las palmas para coger algunos frutos. D. Tomás Morales ordenó que les hicieran fuego, ofreciendo premio á los soldados que tuvieran mejor puntería. Los infelices, cazados como palomas, fueron cayendo muertos uno á uno; y el General, dejando insepultos los cadáveres, continuó tranquilo su marcha.

El General dice:

“ORTEGA siguió soldado hasta Julio de 1817, en que desertado y oculto en el mismo sitio y en las mismas condiciones que en 1814, pudo, por medio de la Sra. Ursula Yáñez de Malpica, en cuya casa se hallaba alojado el General Morillo, que acababa de llegar de la Nueva Granada, conseguir su licencia absoluta. Dos circunstancias particulares hubo para conseguirla: el parentesco y amistad de la Sra. Yáñez con la de ORTEGA, y la prisión de Morales por consecuencia de la pérdida de la batalla del Juncal.

“El Capitán americano Manuel Martínez Aparicio (1) y el Alférez español D. Lucas Rodríguez, compadecidos de la suerte de ORTEGA, le ofrecieron en su marcha de Venezuela á Bogotá darle bestias para él y su señora. Así lo hicieron, y sin más equipaje que dos mudas de ropa, dos bayetones y diez pesos en dinero, emprendieron su marcha. Por todo pasaban, menos por quedarse en un país donde tan odiado era por entonces el nombre granadino. La marcha fue penosa; y el 18 de Julio de 1817 volvió ORTEGA al lado de sus idolatrados padres, de quienes se había despedido el 5 de Abril de 1813. Volvió, habiendo saludado en

(1) Martínez de Aparicio fue el que en 1819 trajo á Santafé la noticia de la derrota de los españoles en Boyacá. Terminada la guerra, entró al servicio de la República del Perú, donde llegó al grado más alto de la milicia. En Lima, estando ya muy anciano, refirió al Dr. Teodoro Valenzuela, nuestro Ministro Plenipotenciario, que el General ORTEGA, cuando estaba de soldado, le había salvado la vida en los Llanos. Su auxilio á nuestro héroe fue, pues, el pago de una deuda de gratitud.

Santa Rosa y Zipaquirá á sus hermanas Cecilia y María del Carmen (1); y pudo volver por los esfuerzos y sacrificios constantes de la nueva hija que les presentaba.

“ORTEGA, sin recursos de ninguna clase y en un país casi nuevo para él, pasó por todos los tormentos de la miseria, hasta que en el año de 1818 consiguió algunas ropas á crédito para vender en los pueblos de Neiva y Mariquita. Cuando empezaron los movimientos de los patriotas en Casanare, ORTEGA, dueño de una ganancia de más de mil pesos, aflojó en su empresa, y volviéndose á Bogotá, sólo se ocupaba de averiguar la suerte que fueran corriendo las armas de la República.

“El año de 1819 fue el de la Libertad; y á la primera noticia del triunfo del Libertador voló á su encuentro. Desde entonces hasta hoy (3 de Mayo de 1859) no ha hecho otra cosa que servir á su patria, como se seguirá viendo.

“Después de haberse unido al Sr. José María Serna, sólo con él y en su tránsito hasta la hacienda de *Fusca*, desarmó á más de 600 dispersos de la batalla de Boyacá. Cerca de La Guanica encontró al Coronel Infante, á quien tuvo por enemigo, pues vestía, así como sus soldados, el uniforme español. Después de un rato de incertidumbre, en que ambos trataban de representar diferente papel, ORTEGA preguntó á Infante su nombre, y al dárselo, lo abrazó en medio de los sollozos, le manifestó el estado de la ciudad, la emigración del Virrey Sámano con sus tropas y la necesidad de que volara á perseguir las últimas que se habían movido. Preguntó:

—¿Dónde está el General Bolívar?

(1) Además de D. Carlos y D. Mariano, de quienes atrás hicimos mención, el General tuvo otro hermano, D. Francisco, casado con D.<sup>a</sup> Mariana Piedrahíta y después con D.<sup>a</sup> Belén Carrasquilla. Sus hermanas fueron D.<sup>a</sup> Cecilia, que casó primero con D. Ramón Lago, y en segundas nupcias con D. Rafael Buenaventura; D.<sup>a</sup> Francisca, esposa del General Francisco de Paula Vélez; D.<sup>a</sup> Carmen, mujer del Coronel D. Lorenzo Ley, y luégo de D. Tadeo Gallardo; D.<sup>a</sup> Cruz, casada con el Coronel D. Pedro Carrasquilla; y D.<sup>a</sup> Rita, que casó, sucesivamente, con D. Francisco Malo y D. Cayo Angel.

—Por el Puente del Común debe venir, contestó Infante.

“ORTEGA abrió carrera á su caballo, y cerca de la cantera de Fusca alcanzó á divisar al Libertador. Enmudecido de placer, se fue á sus brazos, sin advertir que lo recibía con una pistola en la mano, y que el Coronel Bolívar, que miraba aquella acción como la de un enemigo desesperado, le puso la lanza en el pecho á tiempo que el General le dijo:

—Si no lo hubiera conocido á usted, me habría dado un mal rato.

Todo pasó en un momento.

—¿Dónde están los españoles? ¿Por qué no me habían avisado su fugá?.....

“Mudó caballo, dando la casualidad de montar el mismo que le sirviera el año de 1814, cuando vino derrotado de Venezuela. El caballo había sido del desgraciado joven Timoteo Ricaurte.

“Emprendieron carrera, y el Libertador iba haciendo á ORTEGA infinidad de preguntas, entrelazadas aunque inconexas. A las cuatro de la tarde, en medio de las aclamaciones, de las lágrimas de ternura y admiración, recorría las calles y plazas de la ciudad. Bolívar era, en aquellos instantes, el ídolo de los bogotanos, el ángel de la victoria, el terror de los tiranos, el orgullo de la América entera, la admiración del mundo civilizado.....

“ORTEGA, en esa noche, fue nombrado Jefe de día, y con partidas de ciudadanos armados, se encargó de la seguridad de la ciudad y de la custodia del huésped que acababa de recibir. En la plaza no se encontraba otra fuerza que la del reducido piquete del Coronel Infante, que con órdenes de moverse sobre Funza, tenía que abandonarla muy pronto. El campo todo era todavía español. Multitud de oficiales realistas se hallaban ocultos en la ciudad, y más de mil prisioneros estaban detenidos en los cuarteles. No parecía, pues, extraño que pudiera intentarse un golpe

de mano, sin embargo de que el nombre de Bolívar valía por mil ejércitos.

“Al siguiente día de ocupada la capital por los vencedores de Boyacá, se tuvo noticia de que el Comandante Castilla, con una columna española de 200 hombres, se retiraba de Cáqueza por Pasca y Fusagasugá, á unirse con las fuerzas que, por aquella parte, iban á las órdenes del Brigadier D. Sebastián de la Calzada.

“El Libertador, que en aquellos momentos no tenía fuerzas de qué disponer para impedir la retirada de Castilla, llama á ORTEGA y le dice:

—Tome usted 40 hombres de los que acaban de hacerse prisioneros, y marche usted al instante á cortar la columna de Cáqueza que se mueve sobre Fusagasugá.

“No nos detengamos en lo peregrino de la orden.... ORTEGA, habituado siempre á obedecer, marcha al cuartel, escoge 40 prisioneros, los arma y sigue por el camino que debía llevarlo á su destino. Su hermano político, el Capitán Ramón Lago, tan valiente como extenuado por sus heridas, lo acompaña, más por compartir los peligros de que era amenazado por la tropa que mandaba, que por lo glorioso de la empresa. La noche en Sibaté fue azarosa para los dos hermanos y amigos; y al amanecer, emprendieron marcha, tratando de alentar de cuantos modos era posible á soldados cuyos fusiles, todavía calientes por el fuego hecho en Boyacá contra el Ejército Libertador, se les obligaba á emplear contra sus camaradas y amigos.

“Se divisaba ya la parroquia de Fusagasugá, cuando dos hombres, destacados por el Dr. Romualdo Liévano, se encaran con ORTEGA y le dicen:

—Hemos perseguido á los godos hasta el Puente de Pandi (seis leguas de distancia), y el Dr. Liévano ha cogido algunos prisioneros. El nos manda que así lo avisemos á los patriotas que vengan de Bogotá.

“La escena cambia de repente, y con vivas á la libertad, el pueblo es ocupado por la partida de ORTEGA, á quien

tocó hacer, en aquel momento, un papel que no le correspondía. A poco rato llega el Doctor con siete prisioneros alcanzados en Pandi; y como se recibiera orden del General Soublotte para pasarlos por las armas, ORTEGA, que no tenía por qué cumplirla, regresó á la Capital.

“En Septiembre de 1819 fue nombrado Jefe de Estado Mayor de la División Anzoátegui, después de habersele refrendado todos sus despachos. El 13 de Octubre, día siguiente al de la ejecución de los oficiales españoles, mandada por el General Santander, marchó á Pamplona con el Jefe de la División, con el Capitán Daniel Florencio O’Leary (después General y últimamente Encargado de Negocios de Su Majestad Británica) y el Teniente Domingo Machado. Reunida la División en aquella ciudad á otras fuerzas que debían formar el Ejército del Norte libertador de Venezuela, ORTEGA figuró en él con el mismo destino que tenía en la División, y desempeñó al mismo tiempo el cargo de Gobernador Militar de Pamplona. Consagrado siempre al servicio del Ejército, le proporcionó los recursos de una cómoda y abundante subsistencia, estableció hospitales, una Comisaría bien provista, á la vez que una rigurosa disciplina, puesto que tenían á muy corta distancia al General español D. Miguel de Latorre, con una División de más de 2,000 hombres.

“El 22 de Noviembre fue atacado el General Anzoátegui de un mortal accidente, que el 23 lo llevó al sepulcro. El Coronel Carrillo, á quien tocaba el mando, sufría de un cólico que lo redujo á cama; y ORTEGA, por esa circunstancia, se puso á la cabeza del Ejército. Su primer deber, el de dar parte al Libertador, que se había movido por la Salina de Chita sobre los Llanos de Venezuela, de la pérdida que el Ejército y la República acababan de sufrir, no lo distrajo de llenar otros que la gratitud y la posición en que se hallaba le exigían: los honores fúnebres á su antiguo camarada y General, y el reconocimiento del campo donde debía esperar al enemigo, si aprovechándose de la

pérdida que por tantos títulos debía celebrar, quería medir sus armas con las del Ejército del Norte. Los Edecanes del difunto General rodearon á ORTEGA; y uno de ellos le pidió el mando de una Compañía para el día del combate, y el privilegio de conducir á Bogotá el parte de la victoria, que por segura contaba por la buena calidad de las tropas, el entusiasmo de los Jefes y Oficiales, la designación del campo para dar la batalla, y el plan que le fue explicado. Deseaba, además, que á su antiguo amigo le tocara la gloria del triunfo. El Edecán se llamaba Diego Ibarra, después General de la República (1).

“A los siete días se recibieron comunicaciones del Libertador, fechadas en la Salina de Chita, en las que, por consecuencia de la muerte del General Anzoátegui, se designaban los Jefes que debían mandar el Ejército. Al Coronel Bartolomé Salóm lo nombró Comandante en Jefe; al Coronel Jacinto Lara, Jefe de Estado Mayor, y al Teniente Coronel JOSÉ MARÍA ORTEGA, Gobernador Militar de la muy importante Provincia de Tunja, de donde debían sacarse los inmensos recursos para la completa formación del Ejército que debía libertar á Venezuela, continuar la guerra en las provincias meridionales de la República, y atender al enemigo, dueño de la Costa, río Magdalena y territorio de Ocaña sobre los valles de Cúcuta. ORTEGA se puso en marcha para su destino, y llegó á Tunja, acompañado del Capitán O’Leary, el 26 de Diciembre del año de 1819; después de haber dejado con sentimiento á sus compañeros de armas, y más que satisfecho al Coronel Salóm, por el buen estado de servicio y disciplina en que encontraba las fuerzas que acababa ORTEGA de poner á sus órdenes.” (2).

(Continuará)

(1) Ibarra era Edecán del Libertador, pero no lo pudo seguir por causa de enfermedad—NOTA DEL GENERAL ORTEGA.

(2) Cód. I